

El Camino de Santiago: aventura con sentido

JULIÁN MARÍAS*

La aventura ha tenido siempre un papel relevante en la historia. En diversas formas, ha estado unida a empresas humanas, con un ingrediente esencial de esfuerzo y riesgo. A veces, unida a algún ideal, en otras ocasiones, a lo inesperado, en todo caso, a dar la medida de las posibilidades humanas cuando se llevan a sus límites.

En nuestro tiempo, la aventura tiene indudable vigencia, y su difusión es probablemente mayor que nunca, acaso como compensación del increíble nivel de facilidades técnicas de que goza el hombre de nuestro tiempo.

El único reparo que podría hacerse es la concentración casi exclusiva en el deporte. En él se estima sobre todo el esfuerzo, el aprovechamiento de las facultades de los individuos o su capacidad de colaboración y disciplina. Tiene además en general un elemento de rivalidad, de competir por la excelencia, y esto se refleja en la cuantificación de los resultados. Se añade, y cada vez más, el

* De la Real Academia Española y de la de Bellas Artes. Presidente de Fundes.

elemento del riesgo, para dar más valor a lo que puede reducirse a la realización misma, sin un *sentido* ulterior que dé a todo ello significación.

Desde la Edad Media, ha habido una aventura extraordinaria, que ha afectado a muy diversos países de Europa: la peregrinación a Santiago de Compostela, siguiendo, desde lejanos lugares, el Camino de Santiago. Si se piensa en las condiciones de la vida durante siglos, el carácter de aventura es inconfundible: distancia, parajes difíciles de recorrer, ausencia de caminos o condiciones precarias, problemas de alojamiento y sustento, riesgos humanos. Todo ello hacía que la empresa de llegar a Santiago fuese ardua, un desafío a las capacidades humanas.

Era, no se olvide, una peregrinación a uno de los lugares sagrados de la religión cristiana; tenía, por tanto, un sentido religioso, combinado con otros varios, como sucede siempre con la realidad.

Tras un largo tiempo de decadencia y relativo abandono, las peregrinaciones a Santiago han recobrado actualidad y sorprendente difusión. Miles de hombres y mujeres emprenden el camino de Santiago, gran número de ellos renunciando a las facilidades de la técnica. Esto renueva el carácter de aventura que acompaña al Camino de Santiago. Sin duda envuelve una dimensión deportiva, pero añade algo que el deporte no tiene por sí mismo. ¿Se trata de una peregrinación, un acto religioso? Para muchos, sí, pero no para todos. En todo caso, ese sentido religioso está en el origen: durante mucho tiempo, innumerables personas han emprendido esa larga y penosa ruta por ese motivo. El recuerdo de esto está presente hoy.

Hay además la evocación histórica: se recorren paisajes, lugares, monumentos que fueron vistos por hombres de épocas remotas; se reconstruyen así otras formas de vida; en los años finales del siglo XX reviven tiempos remotos. Se descubren las huellas de otras vidas, se encuentran formas artísticas de las cuales vienen las actuales, con las cuales nos enriquecemos.

Y persiste el fondo religioso, aunque muchos no participen personalmente de ese carácter. Se llega a la Catedral de Santiago, a las plazas memorables que la circundan, a las ceremonias que atrajeron a tantas personas y que eran la coronación de sus esfuerzos.

El *sentido* es inseparable del Camino de Santiago. Se trata de una aventura, pero en ella se conserva el sentido que ha sido a lo largo de la historia su *justificación*. La condición humana exige que se justifique lo que se hace, por algo y para algo, por un motivo y una finalidad. Uno de los peligros por los que se puede atravesar es que se olvide esa necesidad de justificación. Importa salvar lo que contribuye a la humanización de la conducta, lo que podría llamarse el ejercicio de la libertad justificada.